

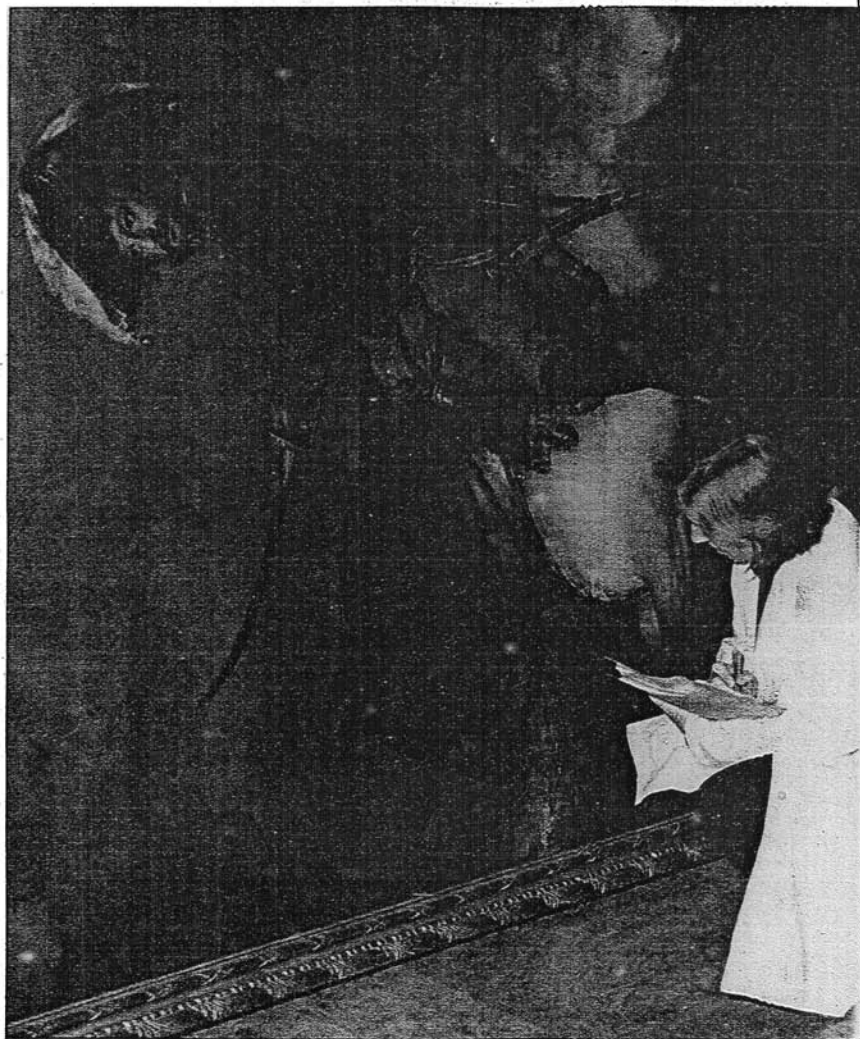
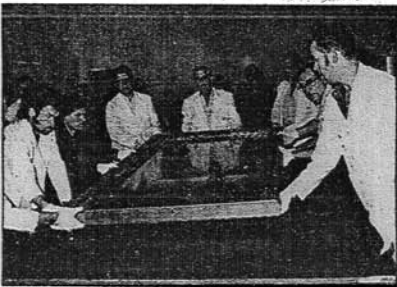
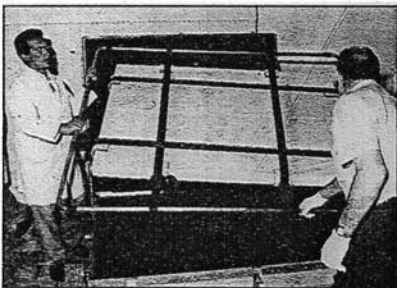
Ultimo control para un general caído. Palafox cabalga de nuevo por Zaragoza. El cuadro era uno de los preferidos de Goya, al que insistentemente se refería su nieto en cualquiera de los inventarios de la obra del pintor de Fuendetodos.

(Foto: José Garrido/Museo Zaragoza)

La piel y el corazón de las cajas que trajeron a los goyas. Nadie hablaba. Todos estaban pendientes de su misión en la tarea del traslado. Cada uno de los personajes retratados, cada una de las escenas, imponían su ley y su fama.

(Fotos: José

Garrido/Museo Zaragoza)



Que repiquen a gloria

Luis J. García Bandrés

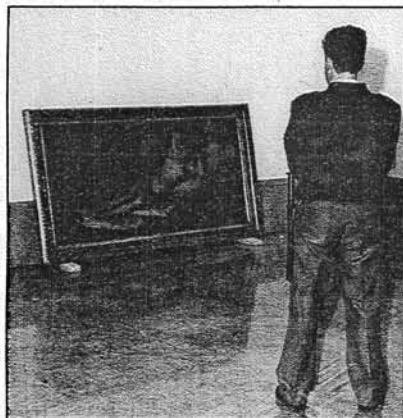
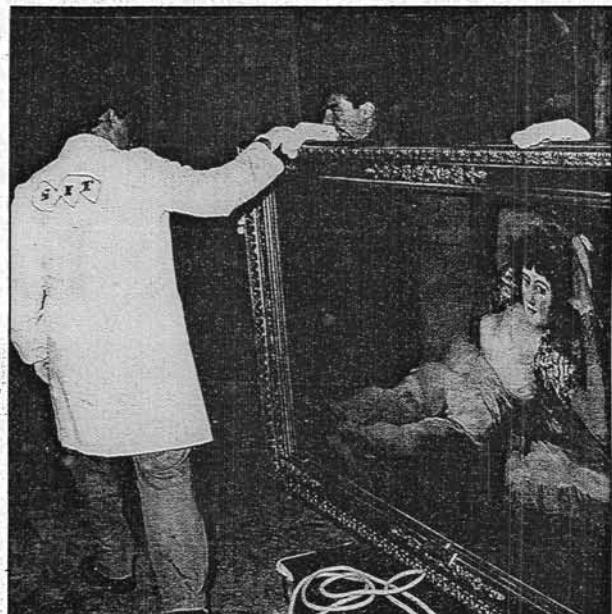
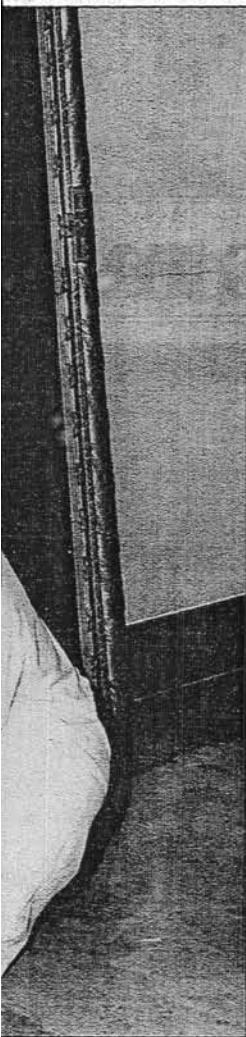
El día 3 de octubre va a ser un día grande, muy grande. Los anales de esta ciudad que se llama Zaragoza deben recogerlo. Y debe vestirse de gala, y abrir las ventanas de la cultura, abrir las a la esperanza y al aire limpio y nuestro. En ese día, nada más y nada menos, nos devuelven La Seo y viene un Goya cargado de recuerdos y de «postales» suyas que nunca enseñó en esta ciudad aunque las contara y recontara en las cartas que mandó desde Madrid. Todo lo que pesa en esa fecha lleva el marchamo de lo aragonés. La Seo es nuestra y Goya abrió sus ojos de pintor por los oteros del Huelva en las tierras del condado de Fuentes. Fuentes de todos. De aquí, desde aquí para el mundo. Por eso, el legítimo orgullo. Por eso, la gala y la alegría.

Miércoles, 8 de la tarde. Por las calles de la ciudad aún se nombra con insistencia a «Jacks» y a sus innumerables dobles, pero en ese momento lo positivo estaba en el museo, en las puertas del museo de Zaragoza. Sin aglomeraciones y pocos «guardespaldas», acompañado apenas por el respeto y el cariño, llegaba don Francisco de Goya y Lucientes. Su coche no era un Mercedes negro, sí un gran container silencioso en sus maquinarias, a tono con el ambiente. Uno a uno fueron entrando los cuadros. Despacio. Con liturgia. Embalajes redondos.

Fue un desfile tan fantástico como enigmático. Las majas, El Palafox. El autorretrato. Martín Zapater... Y todo se iba en adivinar qué caja podía ser el cofre de cada uno de ellos. Como aquellas que veíamos de pequeños, rodeando a los reyes magos en sus carrozas. Cajas llenas de referencias propias y de sueños compartidos. Pero esta vez sí. Estaban aquí. Allí dentro. Estarían al menos por unos días. Tu al Boston. Yo, al museo. No vi a la Gervásy ni tampoco a Lobato, pero se estaba cocinando un reencuentro entre Zaragoza y los hijos de uno de sus cociendo un reencuentro entre Zaragoza y los hijos de uno de sus más ilustres paisanos. Y debió de ser una de fiesta por todo lo alto. De esas con champán y mesa larga. Zaragoza y Aragón se pueden permitir el lujo de mirar a estos cuadros y a estos personajes con otros ojos, con intención diferente, más íntima y profunda. De ti a tí. Quienes vienen son nombres de nuestra historia: Palafox, Zapater, la Infanta. Y después, además, son pinbrera de Goya. Nada menos.

En el museo la actividad era otra. Desde hacía días se había interrumpido su ritmo normal. Hubo que vaciar las salas. Almacénar. Limpiar y reparar. En definitiva, preparar la casa para tan ilustre viajero y acompañantes. Ya todo está a punto. Era el momento del movimiento. Miguel Beltrán, con bata blanca, iba y venía, mientras, en la puerta María Concepción, vigilaba y controlaba la llegada de los embalajes. Y Fernando Moles. ¡Por fin! Pero el otro gran protagonista era Federico Torralba, comisario de la exposición. Además de trabajar, don Federico habrá disfrutado en el empeño. Vieja Goya. Aunque con muchos apoyos institucionales, viene de su mar. Va a ser el que nos presente al pin-

ngular

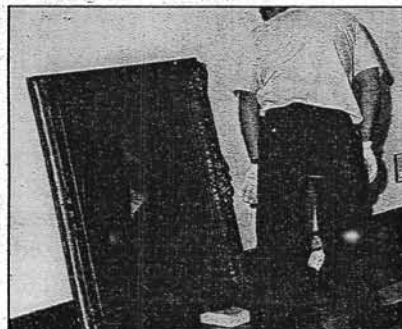


La maja y el majao. La procesión de los cuadros por el interior del museo tuvo que ser un espectáculo directo, sin artificios, plagado de emociones.

Foto: José González

Arriba, la maja. Debajo, Zapater. Fuera de contexto, como lo haría Duchamp, para reparar más en ellos y que se vean mejor. Un lujo que muy pocos pudieran saborear.

Foto: José González/Museo Zorogastri



a las campanas

tor, a su pintor de siempre, a su manera, sin interferencias de nada ni de nadie.

Jueves 11 de la mañana. La sala de exposiciones temporales del museo se ha convertido en un espacio puro, silencioso y limpio. Con la excusa de buscar unos canteles, mi envidia contempla desde lejos. Se abren las cajas. QUITAN todas las protecciones. Examinan. Todo batas blancas y guantes blancos. Por delante de mí pasa Josefa Bayeu. Ante mis narices. Como si caminara. La hubiera cogido del brazo. Le hubiera dado un beso y preguntado muchas cosas. Tras ayudarlo en el apañeo de su vestido planchado por los siglos, nos hubiésemos dado un garreo. Plaza del Carbón. Calle Palomeque. Santiago. Coso. Juro que la hubiera devuelto. Bueno, eso creo. Y con Palafox, al galacho. Con Zapater, hasta el Ebro. Y con Fignatelli, al caserón de María de Ibañeta.

Desde el día 3, las veces que hagan falta los iré a ver. Las veces que queramos. Don Francisco de Goya, más que nunca, estará en su tierra. Y digo yo que estas pinturas se tienen que ver mejor aquí. Deberán sentirse mejor en el lugar donde nació su creador. Puede que incluso los gestos bobalicones de Fernando VII se hagan más inteligentes al vencer la emorriña. Las majas entenderán mejor los píropos y las miradas maestras que el lenguaje nipón. Van a conocer Zaragoza, esa ciudad que tanto oyeron nombrar cuando fueron pintados. Se instalan en un edificio de 1908, que conmemoraba algo que les es familiar. Todo encaja. Todo está en su sitio.

